

## Nueve lunas

Gabriela Wiener

### DICIEMBRE

En estos últimos meses, nueve, para ser exactos, he llegado a pensar que el placer y el dolor siempre tienen que ver con cosas que entran o salen de tu cuerpo.

Hace nueve meses no sabía que una serie de eventos relacionados con esas entradas y salidas iban a converger aquel noviembre, el mismo mes en que cumplía 30 años. A mi padre le detectaron un cáncer al colon, Adriana se suicidó lanzándose de la ventana de un hotel, y yo yacía en la cama de un hospital de la sanidad pública española recuperándome de una cirugía considerable. Al volver a casa estaba destrozada por las noticias y físicamente muy débil. Apenas puedo recordar los días que siguieron a mi operación. Fueron dos semanas de un invierno especialmente frío, en las que necesité la ayuda de J para casi todo. Para cortarme la chuleta, para lavarme los dientes y limpiar mis heridas...

Me habían extirpado unas glándulas mamarias excedentes que tenía bajo las axilas y casi no podía mover los brazos. Tenía dos cicatrices enormes de las que brotaba un catéter que iba drenando sangre oscura. Había decidido operármelas porque además de ser muy poco estéticas y molestas, los médicos me habían asegurado que un día, para mí muy lejano, cuando decidiera tener hijos, se llenarían de leche y me ocasionarían terribles molestias. Así que decidí que debía cercenarme lo que yo veía como una deformidad, aunque la cosmovisión mágica de mi madre se empeñara en recordarme que en otras épocas a las mujeres con mamas supernumerarias las quemaban por brujas: para ella, mis dos tetas de más podían tener poderes sobrenaturales.

Fue una intervención sin complicaciones pero la convalecencia estaba resultando muy dura. Por si fuera poco, los antibióticos que me habían recetado para prevenir una infección parecían perforarme el estómago.

El día del cumpleaños de J, pocas semanas después, seguía sintiéndome tan incómoda que decidí quedarme en casa. No suelo perderme los cumpleaños de mis maridos, así que fue un poco raro. Ahora, además de un intenso dolor de barriga, tenía náuseas. Al día siguiente, cuando debía volver a la oficina, no pude levantarme. Estaba demasiado cansada. Vomité durante toda la mañana. A mediodía, J me llamó para ver cómo seguía pero también para darme una noticia.

—Ya, no te pongas nerviosa, ¿ok? La revista cierra. Se acabó.

Mi padre con pronóstico reservado.

Mi amiga lanzándose al vacío.

Mis glándulas mamarias arrancadas de cuajo.

Y ahora había perdido mi empleo.

En momentos así lo último que quieres oír es que esperas un bebé, pero tuve que oírlo.

Las mujeres jugamos todo el tiempo con ese gran poder que nos ha sido conferido; nos divierte la idea de reproducirnos o de no hacerlo, de llevar un vientre redondo bajo un vestidito lindo que luego se convertirá en un bebé para abrazar y mimar. Cuando tienes quince la posibilidad es fascinante, te atrae como un pastel de chocolate. Cuando tienes treinta, la posibilidad te atrae como un abismo.

J atravesó la puerta con un test de embarazo en la mano. Llevábamos algunos meses jugando con la idea, en un *coitus interruptus* permanente. La verdadera promesa, antes que amarte y respetarte toda la vida, es “te juro que no me corro dentro”. Y es la primera en incumplirse.

Hay una rebelión secreta, estúpida quizá, pero rebelión al fin, contra el mundo adulto, o contra cualquier cosa, en no tener nunca un condón en la mesita de noche. Siempre me ha parecido el sumo de lo excitante la

manida escena en que los amantes están a punto de estallar y algo ocurre. Así, el que pudo ser el mejor polvo del mundo, su sola posibilidad truncada, lo convierte en el mejor. Ningún polvo cualquiera completo puede superar a uno perfectamente incompleto. Correrse fuera es como retirarte en el pico de tu carrera, como escribir un libro de cuentos magistral y desaparecer, como suicidarte a los treinta años.

Enmudecimos por unos segundos mirando el test como quien mira el arma con el que va a suicidarse. Un test de embarazo es siempre una presencia intimidante, sobre todo si eres un flamante desempleado.

Tuve que orinar en un tubo, echar unas gotitas sobre aquel bicho blanco mientras el otro leía nerviosamente las indicaciones, y por fin quedó claro que dos rayas quieren decir que sí y una raya que no. Según consta en la caja, este test casero tiene 99 por ciento de efectividad si el resultado es positivo, en cambio si es negativo hay un margen de error mayor y la prueba debe repetirse días más tarde. No sé cuántas veces me había hecho esta prueba en mi vida con resultados casi siempre negativos. Hoy, esta lógica, aunque absurda, nos impulsaba a creer que se trataba de otra falsa alarma.

En el papelito también decía que los test de embarazo miden la presencia en la orina de una hormona llamada gonadotropina coriónica humana. Esta hormona, llamémosla por su nombre de pila, Gona, llega a la sangre después de aproximadamente seis días posteriores a la concepción, cuando el huevo fertilizado se implanta en el útero. En los cinco minutos que le tomó decidir al aparato qué ocurrirá con mi vida, pasaron ante mis ojos, en cámara lenta, todos los veces que había hecho el amor en el último mes. Finalmente, los dos barrotos rojos se dibujaron velozmente como la palabra fin en cualquier película.

—Es la última vez que trabajamos juntos— le dije a J.

Ahora sí podíamos decir que toda una familia se había quedado en la puta calle y de cara a la Navidad más fría de los últimos años, según el hombre del tiempo. Aunque el hombre del tiempo suele equivocarse.

Dos gametos forman un cigoto. Me gusta cómo suena la fórmula de la fecundación. Es matemática pura. Las sensaciones más poderosas al descubrir que estás embarazada tienen que ver con la irrealidad de las matemáticas. Te han dicho que está ahí, que irá multiplicando su tamaño, que ahora tiene la forma de un cacahuete, después de una cereza y así, pero no lo ves, ni lo sientes. Está la opción de pagar doscientos euros para que una de esas máquinas ultramodernas llamada ecosonógrafo te muestre qué hay dentro, pero preferí correr al *google* y tecleé: “bebé de cuatro semanas”. Me encontré dentro de un foro donde decenas de madres hablaban sobre el tema; una decía que el suyo parecía un langostino, aquella que un guisante, otra que un pececito y alguna que un punto a lo lejos. ¿Por qué será que la maternidad nos llama de inmediato a la divagación lírica y sitúa al borde de la estupidez? ¿Será la sola posibilidad de tener a nuestro lado a un bebé con cara de monito asustado lo que dispara esa ternura desbocada? En el foro escribí mi propia figura literaria zoológica: “A las cuatro semanas un hijo es como el fantasma de un caballito de mar”.

Lo cierto es que todavía no se ve nada. Sólo el saco gestacional precoz de menos de diez milímetros de diámetro, la bolsa donde crecerá el feto. Qué horrible palabra es feto: suena demasiado parecido a feo. La apariencia de un embrión no puede ser otra que la marina. Su forma no es humana. Tiene cola. Mide de dos a cuatro milímetros y sus ojos son como el par de puntos negros que a veces encontramos en un huevo crudo antes de echarlo a la sartén.

En mi vieja enciclopedia del cuerpo humano leo que en un embrión ya puede atisbarse la columna vertebral, los pulmones y el resto de órganos, todos a escala milimétrica. Sin embargo, el bebé de cuatro semanas no es un ser humano, es cientos de especies al mismo tiempo. Hace algunas décadas se sostenía que el bebé del hombre atravesaba todas las etapas de la evolución en el vientre de la madre, que tenía agallas de pez y cola de mono. Era verosímil. Luego se probó que esas no eran ni agallas ni esa en realidad era

una cola, pero al ver las imágenes de la evolución del feto bien podría concluirse que el embarazo es el trailer de la película de la vida. ¿Te gustaría ver la peli completa?

Los libros no te preparan para lo que se viene. Los manuales para embarazadas deben haber sido escritos por madres completamente narcotizadas por el amor de sus hijos, sin una pizca de distancia crítica. Todos dicen: sentirás un poquito de náuseas por la mañana, tus pechos se volverán tensos y sensibles, sentirás sueño y ganas frecuentes de orinar. Ah, eso sí, no fumes, no bebas café ni Coca Cola, no tomes drogas, aléjate de los rayos X. ¿Cómo demonios soportar este estrés sin al menos una lata de Coca Cola? ¿Cómo es que hasta ahora no se ha sintetizado una droga de diseño para embarazadas? Éxtasis prenatal, LSD para gestantes, algo así.

Para empezar no son sólo las náuseas; el malestar vital que te embarga al despertar se parece a la sensación de amanecer con resaca y mala conciencia al mismo tiempo, a despertarse después del velatorio de un ser querido o a ver la luz al día siguiente de perder al amor de tu vida. Las náuseas me atacaban en los momentos y en los lugares menos indicados. Comencé a pensar que revelaban cierta psicología en mi relación con las cosas. Por ejemplo, siempre me daba náuseas cuando tenía que hacer algo que no quería hacer, como ir a comprar pan muy temprano en pleno invierno. También aparecían delante de cierta amiga muy querida. Siempre que la veía tenía que irme al baño.

Ni qué decir de mis pechos, me dolían al más mínimo roce. Pero ellos no eran los únicos sensibles. Era toda yo. Nunca imaginé que podía llorar con uno de esos horrendos *talk show* conducido por una falsa mosquita muerta que entrevista a hijos que buscan a sus madres y vecinas que se odian; pero lloraba, y a mares, sobre todo con historias como “Su marido le era infiel con la vendedora del Todo a cien... ¡Que pase el maridooooo!”. Yo, una persona con estudios superiores, criada en un hogar en el que se escuchaba Silvio Rodríguez y Quillapayu, me encontraba en posición fetal bajo la frazada y mi único cordón umbilical con el mundo era el control remoto. Y alguien había presionado la función *slow*.

Pasé largas horas viendo telebasura, durmiendo y soñando que daba a luz a un mono. ■